

VIDA-VS-MUERTE

No era un espectro quien surgió entre la niebla, aunque en ese momento lo hubiese preferido. He tenido más respeto y he sentido más pánico por los seres vivos que por los muertos. Esa espeluznante silueta que tenía parada al frente, mirándome con un brillo de odio bajo el sombrero de ala ancha que hacía sombra en su rostro, apuntándome con el frío acero de su pistola, estaba aterrándome viva.

Todo mi cuerpo temblaba, y se estremeció aún más fuerte cuando conseguí ver su faz, esta mostraba rencor y repulsión. Me disparó. Algo cambió dentro de mi cuando esa bala penetró en mi corazón. Estaba muerta, pero no como creeréis la mayoría de vosotros, mi alma no murió ese día. Yo, Elena García, estaba muerta en vida.

Personalmente, no solía creer en las reencarnaciones, pero eso era en una vida anterior, a la cual yo ya no pertenecía.

Resurgí en un cuerpo muy distinto al mío, en un cuerpo de hombre. Un espíritu maligno se había manifestado en mi interior. Me desperté en un lugar repleto de oscuridad y opacidad, sentía como si estuviese dentro de un cajón del tamaño de un cuerpo humano. Sin duda alguna, estaba en el interior de un ataúd.

Conseguí salir, y empecé a corretear y a dar vueltas sin ningún sentido. Me estaba volviendo completamente loca, o loco.

Salí del cementerio, y estuve andando durante unos cuantos kilómetros hasta llegar al centro de la ciudad. Una vez allí, me detuvieron. Noté como unas circunferencias metálicas rodeaban y presionaban alrededor de mis muñecas. Era la policía, me acomodaba las esposas.

No sabía quién era, ni a quién pertenecía mi nuevo torso. ¿Cuál sería el delito que habría cometido?

Me encerraron en una celda diminuta, cada vez estaba más y más desequilibrada. No lograba entender nada. Me miré en el espejo del calabozo y un escalofrío recorrió el interior de mi cuerpo desde los pies a la cabeza. Estaba horrorizada. Vi reflejada en esa lámina de vidrio, una cara que reconocí instantáneamente.

A la mañana siguiente, un guardia me interrogó. Me atiborró a preguntas, y a mi me costó responder cada una de ellas, porque las conversaciones siempre son peligrosas si se quiere esconder alguna cosa. Yo, Carlos Morales, era mi propio asesino.